

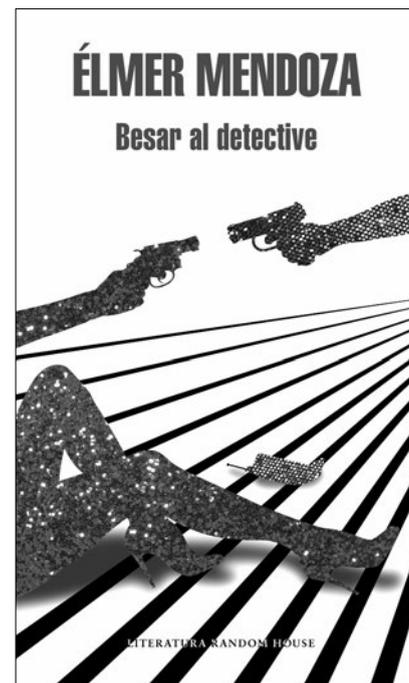
# Las tribulaciones del Zurdo

Eduardo Antonio Parra

Un ejercicio más o menos común —y no por ello menos notable— entre los narradores que se decantan por el género negro es el que los encamina a construir una saga: serie de novelas protagonizadas por un mismo personaje con el que los lectores se familiarizan muy pronto, pero al que van conociendo más a fondo en cada nueva entrega. Se trata de relatos en los que el lector se siente cómodo desde las líneas iniciales, pues sabe que, además del protagonista, durante la lectura reencontrará también a varios de los actores secundarios y recorrerá espacios conocidos, aunque las tramas en que se verá inmerso sean, como la vida misma, siempre cambiantes. Una saga es, por tanto, un ámbito revisitado una y otra vez, escrito acaso con el fin de que el lector enfoque su atención en las peripecias del protagonista, al tiempo que asimila, casi sin advertirlo, las situaciones en que se halla envuelta la sociedad reflejada en el texto, el lenguaje que despliega el discurso, las verdades ocultas entre las páginas de ficción. Es, asimismo, una construcción de muy largo aliento en la que el autor prueba su capacidad para mantener a largo plazo el interés de quien se acerque a ella, sorprendiéndolo de nueva cuenta con episodios diferentes. Lo anterior ocupa el pensamiento al leer *Besar al detective*, de Élmér Mendoza, cuarta novela protagonizada por El Zurdo Mendieta, personaje entrañable que se ha vuelto ya una de las referencias indispensables del género negro en Latinoamérica.

Hombre contradictorio cuya vida transcurre siempre en el filo de la navaja, entre la corrupción y la honestidad, entre sus relaciones amistosas con la delincuencia y sus convicciones éticas, este detective de la policía ministerial de Sinaloa ha dejado

su impronta en el imaginario de un grupo cada vez más nutrido de lectores de nuestra lengua —y ya de varias otras— quizá debido más a sus debilidades que a sus fortalezas (o a que sus debilidades como “ser humano” son sus verdaderas fortalezas como personaje de ficción). Surgido del género de la picaresca, como casi todos los personajes de Élmér Mendoza, en los primeros episodios solitario, ávido de amar y ser amado, constantemente deprimido al grado de depender de su psicoanalista, pero siempre conservando el buen humor, los lectores lo hemos visto atravesar distintas etapas de su vida y diversos estados emocionales mientras se encarga de investigar homicidios, esquivar balas y perseguir criminales, hasta que ha acariciado la felicidad tras el reencuentro con su ex mujer y recibir la sorpresa de que es padre de un muchacho ya mayor, Jason, quien se prepara a seguir sus pasos como policía en Los Ángeles, California. Siempre vestido de negro, calzado con sus botas Toscana, a bordo de su Jetta, escuchando sus rolas favoritas entre los clásicos del rock mientras mantiene profundos diálogos consigo mismo, o con su cuerpo, sobre las mujeres que conoce y las circunstancias por las que atraviesan su vida y su ciudad, El Zurdo Édgar Mendieta repite desde su aparición en *Balas de plata*, la primera novela de la saga, que no quiere tener nada que ver con el crimen organizado, aunque siempre al final se enreda en casos que, de modo directo o indirecto, tienen su origen en el negocio del narcotráfico. Así, lo que a simple vista parecería un contrasentido, bien puede ser el procedimiento en que Élmér Mendoza nos recuerda que en este país la influencia de este negocio ilícito —su violencia,



su riqueza sucia, la corrupción que desencadena— es capaz de alcanzarnos a cada uno de nosotros en cualquier instante.

En *Besar al detective* nos encontramos en Culiacán con un atentado contra la capisa del Cártel del Pacífico, Samantha Valdés, amiga personal del Zurdo Mendieta, quien le ha insistido varias veces, sin éxito, que se integre a su organización. La jefa de la plaza sobrevive apenas al intento de sus enemigos por “darla de baja”; intento que, después sabemos, fue ordenado desde unas oficinas gubernamentales en la Ciudad de México. Es trasladada malherida a un hospital privado en la capital sinaloense y, cuando se entera, el detective interrumpe la investigación que realizaba sobre el asesinato de un adivino para ir a visitar a la convaleciente. Por razones de amistad se involucra en la fuga de la Valdés en medio de un tiroteo donde se cruzan balas del ejército, la policía federal, los sicarios del Cártel del Pacífico, la policía ministerial y los asesinos enviados del D. F. con objeto de consumar la ejecución de la capisa.

La historia arranca en medio de la acción, con una intensa refriega en las calles seguida, pocas páginas después, por una fuga cuya consecuencia es que las diversas corporaciones policíacas desconozcan al Zurdo Mendieta y lo identifiquen como cómplice de los narcotraficantes, por lo que se desata la persecución del detec-

tive a gran escala. Para sostener tanto la tensión de inicio como la velocidad de los acontecimientos y la fluidez de la lectura, el estilo narrativo de Élmer Mendoza —ese lenguaje de marcado acento norteño que ya conocemos— consigue un logro difícil en extremo: sin dejar de ser un caudal en el que se conjugan pensamientos, sucesos, eslogans publicitarios, reflexiones, descripciones, intercambios de información, acotaciones e incluso aforismos irónicos y redondos, parece aligerarse hasta el minimalismo en busca de una mayor rapidez, privilegiando los trazos breves, las acciones dinámicas y sobre todo los diálogos, donde el autor reafirma la que quizá sea una de sus mayores virtudes literarias: ese oído fino que lo lleva a plasmar con naturalidad los giros verbales de su región natal convirtiéndolos en algo muy semejante a la poesía.

Perseguido por propios y extraños, El Zurdo Mendieta se encuentra en una situación hasta entonces desconocida para él: ahora es la presa a quien todos quieren dar caza. Está solo, contra todo y contra todos. Sólo le resta esconderse, pues quien lo encuentre “le dará piso”. Claro, cuenta con algunas personas que le son incondicionales, pero estas carecen del poder suficiente para apoyarse en ellas. Es entonces cuando el “canto de las sirenas” suena más seductor que nunca: Samantha Valdés le ofrece su respaldo y su protección a cambio de que se una de manera definitiva al cártel que ella encabeza. Y se reduce en él ese dilema moral que ya se había perfilado en novelas anteriores de la saga: ¿dejar la policía y convertirse en narco?, ¿dejar de ser tan sólo amigo para convertirse en empleado de la capisa? Justo cuando, acosado por todos, se debate entre las dos opciones, una serie de llamadas insistentes de sus familiares le hacen saber que su hijo Jason ha sido secuestrado en Los Ángeles por alguien que quiere vengarse de algo que el detective hizo tiempo atrás.

En ninguna de las entregas anteriores de la saga Élmer Mendoza había centrado tanto su enfoque en las tribulaciones de su protagonista como en *Besar al detective*. A sus conflictos amorosos —que en esta novela se retoman cuando El Zurdo se

enreda con una mujer de cuerpo de diosa pero adicta al juego, que termina metiéndolo en problemas—, ahora se suma la desesperación del padre que ve a su hijo plagiado, el del policía considerado corrupto y traidor a quien todos acosan, el del hombre de la ley tentado a cambiar de bando, no por ambición sino por salvar la vida, el del amigo que para probar su amistad debe pasar por encima de sus convicciones y lealtades, incluso el del nacionalista convencido que está a punto de vender su alma a una agencia de Estados Unidos con tal de obtener ayuda para rescatar a su hijo. Mientras se desgarran interiormente, Mendieta da largas a unos y a otros, retrasa el momento de tomar decisiones, torea a los más impacientes, busca alianzas, se mueve, trata de actuar. Pero el círculo en torno suyo comienza a cerrarse, los amigos que lo ayudan caen, recibe un despojo sangriento de su hijo y surgen nuevas amenazas...

Como ocurre en toda su obra narrativa, desde los primeros cuentos hasta las novelas que integran la saga de Mendieta, las tragedias perfiladas en frío sin piedad y sin sosiego son siempre amortiguadas por el sesgo irónico que Élmer Mendoza imprime tanto a su lenguaje como a la visión personal de sus personajes, que no es sino el reflejo de su propia mirada irónica sobre la realidad de nuestro país. Un enfoque que, transformado en recurso o técnica narrativa, despoja a la existencia de su sentido trágico, del peso de su crueldad, para insertarla en una suerte de movimiento sin fin, empaparla de una vocación de juego, y recubrirla con varias capas de pa-

rodía. Un enfoque aprendido, como ya se sugirió, en libros como *El Lazarillo* o *El Buscón*, cuyo parentesco convierte a nuestro detective culichi en una especie de pícaro con suerte en medio de tragedias policíacas y masacres delincuenciales.

La manera en que Mendieta emerge o no de sus dilemas axiológicos, del cerco policial que lo ahoga y de la incertidumbre sobre la suerte de su hijo, tendrán que averiguarlo los lectores en las páginas de *Besar al detective*. Con ella el autor nos ha entregado, como lo esperábamos, una novela de acción que incide en la violencia criminal que domina a este país, sí, pero también una meditación en torno a la amistad y las formas extrañas que a veces adquiere una historia de amores, un relato sobre las relaciones entre padres e hijos, un alegato regionalista, otro nacionalista, y una reflexión sobre la fortaleza o debilidad de nuestras convicciones éticas en tiempos tan caóticos como los que corren, donde no siempre el bien o lo correcto se hallan en el lugar que nos enseñaron las abuelas. Con esta cuarta entrega de la saga del Zurdo Mendieta, Élmer Mendoza nos muestra que con malicia literaria y madurez narrativa es posible mantener el apego de los lectores a las aventuras de un personaje si está configurado —como lo quería Calvino— con hondura y rapidez, multiplicidad y precisión, levedad y simpatía, y si sabe atrápanos metiéndose siempre en vericuetos tan atractivos como los que le hemos conocido. **U**

---

Élmer Mendoza, *Besar al detective*, Random House, México, 2015, 254 pp.



Élmer Mendoza